

***Carta a Victor Serge sobre diferentes grupos y personalidades de Francia a propósito de la construcción del partido revolucionario***

**León Trotsky  
30 de julio de 1936**

(Versión castellana desde “Lettre à Victor Serge sur différents groupes et personnalités en France à propos de la construction du parti révolutionnaire”<sup>1</sup>, en Trotsky, *Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, textos escogidos y comentados por Pierre Broué, Les Éditions de minuit, París, 1967, páginas 546-552, también para las notas)

Estimado Victor Serge,

He recibido su carta del 27 de julio, tras una conversación con nuestro amigo estadounidense. Desgraciadamente no puedo estar de acuerdo con usted. Temo que aborde usted los problemas de una forma demasiado artística, demasiado psicológica, es decir de forma insuficientemente política. Además, muchas de sus reacciones están basadas en un desconocimiento de la historia de nuestras actividades aquí durante estos últimos siete años y medio. En el fondo, me acusa usted de *sectarismo*. No puedo aceptar ese reproche. Pienso que su corta experiencia personal, juzgándola correctamente, refuta enteramente su acusación. Unir a la gente para ir en ayuda de los deportados y prisioneros es mucho más fácil que unirla para la revolución social. Usted tiene un nombre, usted tiene autoridad a doble título: la de un viejo revolucionario y la de un hombre que acaba de escapar de las redes de Stalin. Parece que para usted debería ser más fácil que para nadie unir (sin sectarismo) a amplios círculos para una campaña internacional contra los verdugos estalinistas. Sin embargo se queja usted, en una de sus últimas cartas, de ver como sus esfuerzos son estériles. Su experiencia no es la primera. ¿Esto se debe al azar? No, no es una casualidad. Nuestras organizaciones pretendidamente sectarias llevan adelante también la lucha por la defensa de los deportados. Incluso son las únicas en hacerlo. Ahora bien, los esfuerzos para ampliar esta lucha (esfuerzos con los que estoy completamente de acuerdo y a los que contribuyo con todas mis fuerzas) no han dado a día de hoy el menor resultado. ¿Piensa usted que los filisteos, a los que no se puede conmovier sobre un problema tan agudo

---

<sup>1</sup> *Fonds Victor Serge*, Musée social. Traducción de Jean-Jacques Marie. El escritor Victor Serge, antiguo miembro de la Oposición de Izquierda en la URSS, había sido deportado en la Unión Soviética, después fue liberado y expulsado a consecuencia de una campaña llevada adelante en Francia entre los medios intelectuales: los hombres de *la Révolution prolétarienne*, Monatte y Louzon, se habían vuelto a encontrar en esta campaña con Boris Souvarin, Madalena Paz, Rosmer, los dirigentes de la Federación Unitaria de la Enseñanza, Marcel Martinet y muchos otros, sin olvidar a los trotskistas franceses. Trotsky sólo sentía un poco de simpatía hacia Victor Serge pero estaba ansioso por ganarlo a la causa de la IV Internacional. En una primera carta, el 26 de abril de 1936, le había puesto en guardia, desde el momento de su llegada, ante los Paz y Souvarin, con quien había roto hacía mucho tiempo, pero que se contaban entre aquellos que los antiguos de la Oposición, alejados de cualquier información en la URSS desde hacía años, consideraban aún como de los suyos. Por su parte, Serge se vio sorprendido porque hombres que se habían comprometido en su defensa no estuvieran dispuestos, sin embargo, a militar con Trotsky y sus partidarios. Acusó de “sectarismo” a Trotsky, de demasiado numerosas “intervenciones” en la vida de las secciones nacionales y su organización (y, de forma general, de la inaptitud de los trotskistas para saber “ganarse la confianza” de elementos que, sin embargo, le eran simpatizantes). La carta de Trotsky es un alegato en defensa de la no culpabilidad de todos los cargos presentados por Serge.

como el de la represión estalinista, pueden encontrar lugar en un partido proletario revolucionario? No lo creo. Hoy en día no debemos hacer juicios generales contra el sectarismo: *hay que demostrar con la experiencia la posibilidad de otra vía*. A día de hoy, todos aquellos que han buscado otra vía simplemente nos han abandonado para pasarse al otro campo. Tales son los hechos, mi querido Victor Serge, y estoy habituado a juzgar sobre hechos y no sobre consideraciones generales.

Usted hace ya algún tiempo que nos reprocha tener una actitud incorrecta hacia los “sindicalistas revolucionarios”. Le he respondido: no conozco la dirección de esa gente. En lo concerniente a *La Révolution prolétarienne*, eso sólo es un internado para inválidos. Después de eso usted partió hacia París. ¿Ha encontrado usted allí sindicalistas-revolucionarios? Sí es que sí, indíqueme su dirección, por favor. ¿Ha encontrado usted el fuego revolucionario en el antro de Louzon? Si es que sí, estoy dispuesto a hacer inmediatamente todo lo necesario para que nos acerquemos a ellos. Indíqueme usted concretamente lo que hay que hacer. Desgraciadamente, tras su viaje a París, usted no ha dicho ni una palabra sobre los “sindicalistas revolucionarios”.

Usted me habla ahora de la Federación de la Enseñanza donde existen diversos centenares de simpatizantes que sería posible atraer con la única condición de “inspirarles confianza”. Aquí su reproche está completamente injustificado y es incorrecto. He vivido un año entero en Francia en medio de esa gente (de la Federación de la Enseñanza)<sup>2</sup>. He mantenido con ellos interminables conversaciones, me he carteadado, incluso organizamos una pequeña verdadera conferencia con todos los dirigentes de la federación<sup>3</sup>. Evidentemente nosotros no podemos devenir para ellos especialmente más inteligentes, refinados ni bellos, ni yo ni mis amigos más próximos. Pero hemos hecho todo lo posible para atraer a toda esa gente al trabajo militante. Venían a vernos y cogían la tangente, encontrando siempre mil excusas para ello. Su secreto es, en efecto, muy simple: *son pequeño burgueses hasta la médula*, sus pequeñas casas, sus pequeños jardines, sus pequeños automóviles pesan más en sus corazones que los destinos del proletariado, incluso si mantienen aún en su memoria ideas ferozmente radicales. He ido a casa de alguna de esa gente. En sus apartamentos he visto su modo de vida, no solamente lo he visto, lo he sentido<sup>4</sup>. Excúseme usted,

---

<sup>2</sup> Trotsky vivió un año en Domène en casa del profesor Beau, miembro de la Federación Unitaria.

<sup>3</sup> Alusión al encuentro organizado el 8 de agosto de 1934 en Noyarey con Aulas, Dommanget y Serret (ver página 442, nota 285 [nota que dice: Alusión a la entrevista del 8 de agosto de 1934 entre Trotsky y los tres dirigentes de la Federación Unitaria. Dommanget, Aulas, Serret. Esta entrevista se mantuvo en secreto en la época. Hasta 1951 no se haría pública gracias a extractos de los recuerdos de Natalia Sedova publicados por Victor Serge en *Vida y muerte de Trotsky* (página 234 –edición francesa-). La memoria de la viuda de Trotsky le traicionó: sitúa la entrevista en Domène, en casa del profesor Beau, cuando tuvo lugar en Noyarey, en casa de un colega de Beau, militante de la Federación, con motivo del congreso de Montpellier y no “durante el congreso de Grenoble”, como escribe. Por razones de seguridad Beau llevó a su huésped a Noyarey: las familias de los dos militantes profesores, las compañeras de los tres dirigentes, así como dos colegas, uno de Creuse y otro de Ardèche, que les habían hecho de chóferes, participaron en la discusión. Ahora bien, no había que llamar la atención en Domène. Trotsky conocía ya a Aulas, cuya casa había visitado, en Saint-Boil (Saône-et-Loire), en compañía de Raymond Molinier cuando buscaba un refugio después de los incidentes de Barbizon: mantuvo con él, en el vehículo, una larga discusión en un claro del “Bosque de Bourges”, en la vecindad de Saint-Boil (carta de Jean Aulas, 19 de junio de 1965)].

<sup>4</sup> En realidad Trotsky jamás fue a casa de Dommanget, la policía le prohibió el acceso a la residencia de Serret y, juzgando el lugar indefendible, no consintió siquiera en bajar del coche de Molinier ante la casa de Aulas. Se puede pensar, pues, que generaliza aquí con el conjunto de los dirigentes de la federación los reproches alimentados por las condiciones de su residencia en Domène que, efectivamente, había sentido como peores que un encarcelamiento. Las relaciones con su anfitrión serían, por otra parte, tanto más malas teniendo en cuenta que tenía a éste por francmasón y que los inconvenientes materiales de la cohabitación pesaban mucho sobre la familia Beau.

Victor Serge, ese olor no me lleva a engaño. Contar con esta gente sería como sembrar sobre piedras. Entre la juventud enseñante hay elementos revolucionarios que buscan su vía. Pero la dirección ejerce un papel reaccionario impidiendo a los jóvenes abrirse camino hacia nosotros. He ahí el porqué de que, en uno de mis últimos artículos, haya fustigado a esos señores a golpe de látigo, y la próxima vez los cogeré para fustigarlos aún con más fuerza.

Me nombra usted a Martinet. Ya le cité su nombre en la carta que le dirigí a usted. Si logramos atraerle estaría muy bien. Me habla usted de Dommanget. Le conozco personalmente. Estuvo con nosotros y después nos abandonó; ha escrito honorables estudios históricos. Si una vez al año puede entregarnos un artículo sobre Babeuf para nuestra revista eso sería perfecto. Sin duda alguna no es capaz de nada más<sup>5</sup>.

Me habla usted de Simone Weil. La conozco muy bien; he mantenido largas conversaciones con ella. Durante algún tiempo simpatizó más o menos con nosotros, después perdió toda fe en el proletariado y el marxismo; entonces escribió absurdos artículos idealístico-psicológicos en los que defendía la “personalidad”; con pocas palabras: evoluciona hacia el radicalismo. Es posible que gire de nuevo a izquierda. Pero ¿vale la pena hablar más sobre ello?<sup>6</sup>

En cualquier caso, en sus propuestas no hay nada nuevo. Tenemos ya una gran experiencia (por otra parte negativa) de toda esa gente de la que usted me habla. Cada uno de ellos tiene mil razones que le impiden unirse a nosotros y librarse, en general, a un trabajo revolucionario: nuestro estilo es mediocre, nuestras traducciones malas, nuestra polémica brutal, etc. Esta gente habla de todo salvo de lo esencial: *los programas, las estrategias, la lucha para implantarse entre las masas obreras*. ¿Tenemos que adaptarnos a esta ruindad humana? ¡No! Eso sería una orientación fundamentalmente errónea. Hay que encontrar la vía que nos permita conquistar a los *obreros* evitando a los antiguos revolucionarios e, incluso, apartándolos de nuestro camino a codazos.

He aquí un ejemplo reciente. Hace algunos meses, nuestros camaradas intentaron levantar un mensual sindicalista con la gente de la Federación de la Enseñanza<sup>7</sup>. ¿Y qué? No salió nada de ello. A estos pequeños burgueses (¡eh!, no encuentro otra palabra) no les gusta la lucha. Reunirse para platicar sobre temas revolucionarios, montar una especie de club, un hogar del jubilado para jugar a los tamborileros, he ahí a lo que están dispuestos. Pero esto es lo que NOSOTROS no queremos hacer.

He escuchado mil veces lo que usted me escribe sobre mis “intervenciones” y sobre la necesidad de acciones colectivas. Y ¿sabe usted mi querido Victor Serge en

---

Hay que hacer notar que Isaac Deutscher, cuya lectura de los archivos de Trotsky ha sido como mínimo sesgada, cita este pasaje de la carta de Trotsky consagrado a los dirigentes de la Federación Unitaria como si se tratase de juicios sobre los trotskistas franceses: la simple lectura de la totalidad de la carta muestra que no se trata de eso y que, de cara a Serge, Trotsky mantuvo íntegramente su solidaridad con sus amigos políticos mientras que el comentario de Deutscher hace suponer que lo había convertido en confidente de sus quejas.

<sup>5</sup> Trotsky parece no incluir a Dommanget entre los dirigentes de la Federación Unitaria de la que acaba de hablar. Sin embargo le escribió al día siguiente de sus entrevista en Noyarey. Dommanget, por otra parte, no participó jamás en ninguna organización trotskista. Había dimitido del PC en 1930, lo que los trotskistas le habían reprochado vivamente como una especie de desertión. En el momento en que Dommanget constituyó, en 1930, junto a Rosmer, la Oposición Unitaria, sus simpatía políticas se dirigían más bien (por otra parte provisionalmente) hacia el POP.

<sup>6</sup> Deutscher se equivoca cuando escribe que Simone Weil había sido miembro de la organización trotskista durante algún tiempo.

<sup>7</sup> Alusión a la tentativa de poner en pie *l'Avant-garde syndicaliste*. La responsabilidad del fracaso de esta experiencia parece que no puede atribuirse únicamente a los enseñantes. France Serret recuerda de un artículo de su marido, denunciando el Frente Popular, que fue descartado de esta publicación.

boca de quién? De quienes exigían mi intervención, pero no la obtenían porque yo no estaba de acuerdo. Hay muchos de esos casos. Los ecos de sus quejas han llegado hasta nosotros. Me habla usted de Rosmer. Sabe usted cuánto lo estimo. Pero ¿por qué se ha separado de nosotros? Entró en conflicto con Molinier. El conflicto se exacerbó. Yo no tenía ni la menor relación con este asunto, incluso ni conocía nada de él. Rosmer y Naville buscaron la forma de excluir a Molinier, pero no lograron arrastrar más que a una débil minoría en la organización. Rosmer se giró entonces hacia mí y me pidió mi ayuda. Le respondí más o menos esto: “Incluso si la necesidad de excluir a Molinier me pareciese perfectamente clara, no podría hacer nada desde aquí: logre usted mismo convencer a la mayoría de la organización”. Tras lo cual Rosmer rompió todas sus relaciones políticas conmigo y abandonó la organización. Estoy dispuesto a hacer todo lo posible para restablecer la cooperación con él. Sin embargo no creo que sea el hombre que conviene para un centro revolucionario de nuestra época. Como colaborador en una revista sería un enorme regalo para la clase obrera. Pero Rosmer no es un político combatiente y, en el centro de una organización, aparecerían inevitablemente serios malentendidos entre él y los jóvenes revolucionarios. Usted juzga a priori, y yo hablo basándome en una experiencia ininterrumpida de siete años y medio<sup>8</sup>.

Nombra usted además a Treint. ¿Sabe usted que le hice venir a Prinkipo, que paso casi un mes con nosotros allí y que tuve que librar una ruda batalla con los Paz, Rosmer, Naville, y muchos otros, para buscar atraer a Treint al trabajo militante? Llegó un momento en el que se puso al trabajo. Pero, ¡vaya!, era un maníaco (y en absoluto en el sentido figurado sino en el sentido más literal del término). Rompió con nosotros no porque le impidiésemos expresar su idea maniaca sino porque no estábamos de acuerdo con él. ¿Qué podía hacer yo pues? Una política no sectaria consiste, entre otras cosas, en saber librarse a tiempo de los sectarios que nos impiden abrirnos un camino hacia los obreros. Así, en un momento dado, nos libramos del sectario Vereecken en Bélgica, edificamos sin él, y contra él, un grupo obrero bastante importante y ahora ha vuelto a nuestras filas<sup>9</sup>. ¿Volverá Treint algún día con nosotros cuando seamos más fuertes? Pero adaptarse hoy en día a Treint, a un maníaco, a un sectario, significaría cerrarnos el camino que lleva a los obreros.

Examinemos una vez más la cuestión de Nin. Algunos (entre ellos Rosmer) consideran mi cruel crítica de su política como sectarismo. Si es así, todo el marxismo

---

<sup>8</sup> Algunas semanas antes, Trotsky había escrito sobre Rosmer a Victor Serge: “Usted estará, sin duda, al corriente también de mis diferencias con Rosmer. Este asunto pertenece ya al pasado y es superfluo exponer los detalles. En cualquier caso, Rosmer es un personaje de un calibre completamente diferente [que el de Paz y Souvarin, PB]. A pesar de toda su contención y tacto, encontrándose en determinado momento en desacuerdo conmigo sobre un punto de detalle, se ahogó y rechazó no solamente llegar a un acuerdo conmigo, incluso rehusó explicarse. Ello nos impidió encontrarnos durante nuestra estancia en Francia; pero el respeto y simpatía que por nuestra parte sentimos hacia Alfred y Marguerite no han disminuido en nada. Rosmer ha escrito un muy buen libro sobre el movimiento obrero en la época de la guerra. Es uno de aquellos con los que podemos contar en este nuevo período de pruebas. No hay duda alguna que nuestras relaciones personales se recuperarán y devendrán más sólidas que nunca.” El tono ha cambiado, pues, mucho: en el intervalo, Rosmer, igual que Serge, se había alineado junto a quienes acusaban a Trotsky de “sectarismo” en lo tocante al POUM y a la guerra de España. Como Serge, Rosmer iba a proseguir su colaboración con *la Révolution prolétarienne*, de la que ya se sabe qué pensaba Trotsky.

<sup>9</sup> Vereecken no se mantendría mucho tiempo. En su carta precedente, Trotsky le había escrito a Serge: “El actual ministro Spaak, que vino a verme a París para una “consulta” (algunos meses antes de renegar) me habló de Lesoil y de Vereecken como los dos mejores militantes de Bélgica.” Vereecken fue uno de los blancos de Trotsky en sus últimos escritos. *Su moral y la nuestra* y *Los moralistas y los sicofantes contra el marxismo*.

no es más que sectarismo pues es la doctrina de la lucha de clases y no de la colaboración de clases. Los actuales acontecimientos de España muestran particularmente hasta qué punto era criminal el acercamiento de Nin a Azaña: los trabajadores españoles van a pagar ahora con miles de vidas la ruindad reaccionaria del Frente Popular que continuó manteniendo con el dinero del pueblo un ejército mandado por los verdugos del proletariado. Aquí no se trata, mi querido Víctor Serge, de pequeños matices sino de la misma esencia del socialismo revolucionario. Si Nin hoy se recupera y comprende cuánto se ha desacreditado ante los trabajadores, le acogeremos como a un camarada, pero no podemos permitir el compadreo en política.

De sus correcciones a las tesis sobre el ascenso revolucionario he retenido la idea que grupos importantes se desgajarían por la izquierda de los partidos socialista y comunista (yo ya aludía a ello sin desarrollar la idea). Por el contrario, no puedo aceptar, desgraciadamente, sus otras correcciones pues las considero como fundamentalmente erróneas. Maravilloso historiador de la revolución rusa, usted rechaza, no sé por qué, aplicar sus lecciones esenciales a otros países. Todo lo que usted dice sobre el Frente Popular es aplicable al bloque de los mencheviques y de los socialistas-revolucionarios con los cadetes (los radicales rusos). Y, sin embargo, nosotros llevamos adelante contra ese Frente Popular una lucha implacable que nos permitió vencer.

Sus propuestas prácticas concernientes a España son excelentes y responden completamente a *nuestra* línea. ¡Pero intente usted encontrar a una decena de hombres susceptibles de aceptar sus propuestas, no de palabra sino en los hechos, fuera de los límites de nuestra organización “sectaria”! El hecho que usted formule tan magníficas propuestas prácticas prueba a mis ojos que tenemos bajo los pies claramente un terreno común, y esperaré pacientemente a que haya verificado sus concepciones a priori en la experiencia política viva y a que deduzca las conclusiones necesarias. No dudo, ni por un momento, que esas conclusiones se corresponderán con las nuestras, formuladas *colectivamente*, en *diferentes* países, basándonos en la experiencia de *grandes* acontecimientos. A pesar de nuestro pretendido “sectarismo”, nos reforzamos y crecemos sin cesar mientras que nuestros críticos no han construido nada.

Es bastante por hoy. He respondido a su franqueza con una completa franqueza. Pienso que en el futuro seguiremos esta vía para beneficio mutuo<sup>10</sup>. Le estrecho fuerte y cordialmente la mano.

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



Para contactar con nosotros: [germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)  
Visita nuestra página web: [www.grupgerminal.org](http://www.grupgerminal.org)

---

<sup>10</sup> La experiencia de Serge le llevó en realidad a la ruptura con Trotsky a principios del año 1937, no solamente en relación con el POUM sino además, también, con la cuestión de la IV Internacional. Profundamente desmoralizado (y sin duda mal informado), llegaría hasta a felicitarse por el éxito del RPF en Francia, en una carta dirigida poco antes de su muerte a Malraux y publicada tras su muerte. Su hijo, Wladimir Serge protestó (en una carta publicada en *la Révolution prolétarienne*, nº 315, mayo de 1948, página 442) contra la utilización que en la prensa gaullista se hacía de la memoria de su padre.